

Fe y Nueva Evangelización

La fe cristiana en el misterio de Jesucristo, “muerto por nuestros pecados y resucitado por nuestra salvación” (Rom 4,25), abre su puerta de par en par a todos los cristianos y a todos los hombres de nuestro por medio de la nueva evangelización. Entre “El año de la fe” convocado por el papa Benedicto XVI (11 de octubre del 2012 a 23 de noviembre del 2013) y el Pontificio Consejo de la Nueva Evangelización, instituido por el mismo Papa con la Carta Apostólica *Ubicumque et Semper* (21 de septiembre del 2010) existe una estrecha relación que este editorial quisiera recalcar.

La fórmula “nueva evangelización” la acuñó el papa Juan Pablo II en una homilía el 9 de junio de 1979. Desde entonces la hizo una bandera de su pontificado, sobre todo para los países cristianos de antigua evangelización, sumamente necesitados muchos de ellos de una fe renovada ante el fenómeno del secularismo invasor y del proselitismo de la indiferencia religiosa en la sociedad. Poco a poco la expresión fue abriéndose a nuevos espacios, y en el pontificado de Benedicto XVI se refiere a la obra evangelizadora de la Iglesia actual en el mundo entero. El acento no se pone ya en la contraposición *antigua-nueva*, sino en el modo nuevo de evangelizar al hombre de nuestra época: “con nuevo ardor, nuevos métodos, nueva expresión”.

La “puerta de la fe” es antigua como el Nuevo Testamento (Hch 14,27). El Papa nos invita a entrar por esa puerta. ¡Nadie está excluido! Los primeros en atravesarla han de ser los católicos para descubrir mejor la belleza de la fe o volverla a descubrir, incluso para percibirla por primera vez después de un tiempo en que esa belleza ha estado oculta u opacada. También todos los cristianos, sin excepción, son invitados. A todos nos acomuna la confesión del único Credo, y todos sentimos en cierta manera la misma responsabilidad de cara a las futuras generaciones. La invitación va dirigida a los no cristianos, pertenezcan a otras religiones o no tengan ninguna. La fe en el misterio de Cristo posee tal belleza intrínseca que puede abrir los ojos a quienes todavía no pueden verla, tal vez porque los cristianos la hemos afeado ante su mirada o no hemos sido capaces de presentarla bella tal cual es.

En este año y el próximo la Iglesia nos ha querido ofrecer dos acontecimientos importantes y muy significativos: la convocación del Año de la fe y el Sínodo ordinario de los Obispos sobre la Nueva Evangelización. Los motivos y las circunstancias de estos acontecimientos son diversos, pero el objetivo es el mismo: por medio de la nueva evangelización renovar la fe de los cristianos y darla a conocer a los que todavía no lo son. Se trata de la fe de siempre pero que hay que renovar para el hombre de hoy. Se trata de formas nuevas de evangelizar al hombre de hoy con la fe de siempre.

La fe de siempre y el hombre de hoy

El hombre cambia por su carácter histórico, pero la fe permanece; lo que puede cambiar es nuestra inteligencia de la fe, la nueva iluminación que viene de la investigación teológica, de las circunstancias de una época histórica, del ambiente cultural en el que el hombre creyente está inmerso. La fe es siempre el misterio de Cristo creído y vivido en verdad y caridad. El misterio de Cristo nos remite al Padre creador de todas las cosas y al Espíritu santificador y dador de vida. El misterio de Cristo nos habla del hombre que Él ha asumido para redimirnos y darnos ejemplo de vida. El misterio de Cristo abarca el misterio de la Iglesia, fundada por el Señor para que sea sacramento de salvación para todos los hombres. El misterio de Cristo nos abre las puertas del Reino eterno de Dios, donde está sentado a la derecha del Padre y nos espera para hacernos partícipes de su gloria. Esta ha sido siempre y es hoy la fe de la Iglesia.

Desde los inicios del cristianismo el misterio de Cristo es lo que predicaron y confesaron los apóstoles y los primeros cristianos. La fe de siempre se fue plasmando en fórmulas confesionales ya dentro del Nuevo Testamento hasta concluir en el credo niceno-constantinopolitano, que hoy seguimos pronunciando con nuestros labios y en el corazón. Es la fe que los Padres de la Iglesia, tanto de Oriente como de Occidente, meditaron en su corazón, predicaron a sus comunidades, defendieron contra los errores, profundizaron con sus escritos. Es la fe que a lo largo del tiempo se ha ido encarnando en ritos litúrgicos, en tradiciones e instituciones religiosas, en formas de espiritualidad, en posteriores desarrollos doctrinales al servicio del pueblo de Dios. Es sobre todo la fe que en más de veinte siglos han buscado vivir los creyentes en Cristo configurando su vida con su fe y expresando en las obras aquello en que creían y era su razón de vivir en el mundo. ¿Cómo no mencionar a los numerosos mártires de ayer, de hoy y de siempre que han confesado con su sangre la fe que recibieron de sus padres? ¿Cómo dejar en el olvido a tantos hombres y

mujeres que han consagrado su vida a vivir radicalmente el misterio de Cristo y ser testigos perennes de los bienes que no perecen, de los bienes eternos? ¿Es posible pasar por alto a tantos cristianos que en el trajín de cada día han dado —y continúan dando- testimonio fehaciente de Cristo con una vida de fe sencilla y fiel, viva y atrayente?

Esta antorcha de la fe de siempre sigue encendida en nuestros días. Es verdad que entre los más de dos mil millones de cristianos que hay en el mundo están los que han abandonado su fe cristiana y los que la viven a su manera; están quienes se muestran más o menos indiferentes y quienes la viven saltuariamente; pero están también —y son millones y millones- quienes la viven a fondo, la enseñan y difunden a su alrededor y la defienden con valor, si es necesario. Y están sobre todo los mártires, los que han testimoniado su fe con su sangre. Es innegable que la sangre de los mártires ha regado abundantemente la fe de la Iglesia en el siglo XX y continúa regándola en nuestro tiempo.

Quien mire al mundo y al hombre de hoy con ojos serenos y críticos tendrá que aceptar como evidente la crisis de fe, las dudas de fe que atenazan la conciencia de nuestros contemporáneos, particularmente los del Occidente cristiano (consuela que en África y Asia el cristianismo crezca considerablemente). ¿Cuántos cristianos de hoy conocen las verdades esenciales de nuestra fe? La ignorancia de la fe interpela vivamente a la Iglesia y a sus pastores. Gracias a Dios, en los dos últimos decenios disponemos del Catecismo de la Iglesia católica, al que se añaden el Compendio del Catecismo y “Youcath”, el catecismo adaptado a la mentalidad de los jóvenes. Estos instrumentos son excelentes, pero no bastan. Se necesitan muchos y buenos catequistas; catequistas bien preparados, convencidos de su fe y con capacidad de contagiarla a los demás, que transmitan con ardor y pasión la esencia de nuestra fe. Si fijamos nuestra atención en los sacramentos, ¿qué es lo que se constata? ¡Una notable disminución en su recepción! ¿Por qué muchos hijos de cristianos ya no son bautizados en la fe de la Iglesia? ¿Qué es lo que mueve a los jóvenes a convivir o a casarse sólo por lo civil? ¿Por qué la gente descuida tanto el sacramento de la reconciliación y del perdón? Tal vez, entre otras razones, porque no ha habido quien les hable de la fuerza y belleza de la fe, atestiguada en la propia vida; no se han cruzado en su vida con verdaderos testigos de la fe.

Todo esto nos hace ver claramente la urgencia y oportunidad del Año de la Fe, convocado por Benedicto XVI para conmemorar el cincuentenario del Concilio Vaticano II y el vigésimo aniversario del Catecismo de la Iglesia. Los

documentos del Vaticano II están todavía sin explotar y hacer efectiva toda su potencialidad para la renovación de la fe y la vida de la Iglesia. Este año es el tiempo propicio para volver a tomar esos documentos en las manos y leerlos, reflexionarlos, orarlos, hacerlos vida. Dígase lo mismo del Catecismo de la Iglesia sea en su forma de *Catbechismus maior*, de Compendio o de “You-cath”, según la edad, el estado de vida y las posibilidades reales de cada cristiano. La Iglesia se ha lanzado a la nueva evangelización. En unos meses se celebrará el Sínodo de los Obispos sobre este tema. Oremos por los trabajos del Sínodo y por los frutos que dará para la Iglesia universal. Con un programa bien trazado de nueva evangelización, la Iglesia contará con un instrumento apto para que la fe de siempre se encarne en el tejido del cristianismo actual y en el ámbito de la sociedad en la que vivimos. No basta un programa, pero es necesario. Después del programa tiene que haber hombre que lo lleven a la práctica en la vida propia y en la de los demás.

El hombre de hoy y la fe de siempre

La naturaleza del hombre no cambia, pero sus circunstancias y condiciones de existencia en el tiempo y en el espacio son mutables. El hombre, sin cambiar naturaleza, queda configurado por la cultura, las tradiciones, la religión, la mentalidad, las condiciones políticas y sociales, los elementos característicos de pensar y de vivir de tiempos y lugares. Todos estos factores influyen para que el hombre viva la fe de siempre de un modo nuevo y encarnándola en formas nuevas de religiosidad. ¿Cuáles son las características del hombre de nuestro tiempo? ¿Cuáles son las formas y los medios que la Iglesia ofrece hoy al creyente para vivir en plenitud su fe de siempre?

Sin caer en exageraciones es posible afirmar que hoy en día se prefiere, de primera instancia, el relato al concepto, la imagen a la idea, la experiencia a la doctrina, el testigo al maestro. En el cristianismo resulta que poseemos una bella doctrina, pero mucho más bella es la persona misma de Jesucristo, que es el centro de nuestra fe. Es necesario enseñar la doctrina, más necesario todavía es enseñar al hombre a ser amigo de Jesús, a experimentar su amor por todos, especialmente por los más necesitados. En la predicación, en la catequesis, en las varias formas de pastoral, lo primero es conocer y enamorarse de Jesús, luego lo que Él nos enseñó para seguirle y alcanzar la meta de nuestra existencia: la felicidad eterna con Dios y con la comunidad de los creyentes.

Podríamos considerar que el hombre de hoy está en permanente búsqueda de novedad y de emociones fuertes. Busca nuevas experiencias, nuevas

técnicas, nuevas aventuras, nuevas oportunidades, nuevos acontecimientos, etcétera. En cierta manera está seducido por la novedad, a la espera de una novedad que cambie su vida. Jesucristo es el nuevo Adán, el hombre nuevo que ha salvado al hombre del pecado y le ha abierto las puertas de un futuro feliz. Hay que presentar el cristianismo como una perenne novedad, porque Jesucristo existe y es el mismo “ayer, hoy y siempre”. Muchas veces el hombre piensa en el cristianismo como algo que pertenece al pasado, que nada tiene que decir al hombre de hoy. Pero no es verdad. Cristo se hizo hombre hace muchos siglos, pero Él es el Viviente, una Novedad que no envejece, que camina al lado del hombre con toda su existencia terrena para acompañarle en las vicisitudes de la vida hasta su muerte. Ofrecer a los hombres la permanente Novedad de Cristo es quizás uno de los mayores desafíos del cristianismo actual.

Una característica, tal vez más sutil, pero que se percibe en la sociedad de nuestros días, es una cierta decepción ante la realidad de la vida y de la propia existencia. Un indicio extremo es el aumento significativo de suicidios en los últimos dos decenios. Otra señal es refugiarse en el alcohol, la droga, el riesgo como escapes de la realidad. El hombre decepcionado no ve el futuro, porque el muro de esa experiencia se lo impide. Ve sólo su decepción y es sofocado por ella. Cristo y el cristianismo dan futuro al hombre, porque dan sentido a su vida aquí en el mundo y abren al espíritu humano las puertas de la eternidad. Jesucristo es capaz de dar incluso al hombre más desgraciado un futuro y una esperanza. Quien cree en Jesucristo vive en la espera y en la esperanza, y así es feliz.

Resalto una última característica: el fenómeno de la globalización. Los transportes son cada vez más rápidos y la movilización por trabajo, estudio y descanso es cada vez más frecuente y más al alcance de todos; la comunicación telefónica o digital ha hecho de la “tierra una aldea”, en la que todos pueden conocerse. Las redes sociales se difunden por el planeta como reguero de pólvora. El hombre entra en contacto con otras culturas y estilos de vida, con otras tradiciones religiosas. Temas como el diálogo interreligioso, el diálogo cultural, el respeto cultural y religioso son urgencias de nuestro tiempo. La Iglesia, gracias a Dios, es consciente de esta nueva realidad cultural y social, que incidirá cada vez más en la vida de los hombres. Jesús ya nos dijo: “Lo que os digo en secreto, predicadlo desde los terrados”. Los portales de Internet eclesiales son ya muy numerosos, aunque podría aplicárseles la imagen bíblica de David frente a Goliat, cuando se compara con otras instituciones. No obstante las armas desiguales, el hecho es que el vencedor fue David. La Iglesia ha de luchar con valentía y confianza para que esta batalla cultural culmine

con la victoria del Hombre Nuevo, de la Buena Nueva, que es el Evangelio de Jesucristo. En definitiva, se trata de que la Iglesia de Jesucristo encuentre los cauces para que el hombre de hoy viva la fe de siempre.

Ecclesia*

* Este Editorial ha sido redactado por Antonio Izquierdo García, L. C., director de *Ecclesia*.